

BIBLIOTECA
PROPAGANDA
Los Grandes Films

BB

La Novela Semanal Cinematográfica



QUINCE
NACIONES
EN GUERRA

POR
LILLIAN HALL-DAVIS,
JOHN STUART,
etc.

50 cts.

Rosa Basual



ELVEY, Maurice

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Vía Layetana, 12 - BARCELONA - Teléf. 4423 A.

Roses of Picardy, 1927

QUINCE NACIONES EN GUERRA

Visión cinematográfica de la Gran Tragedia Mundial inspirada en las novelas inglesas «The Spanish Farm» y «Sixty-Four Ninety Four»

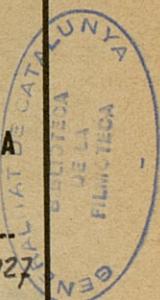
Genial creación de la ideal Lillian Hall Davis y del simpático actor John Stuart

CR

EXCLUSIVA DE

L. GAUMONT

Paseo de Gracia, 66
BARCELONA

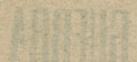


ESTOY LIBRE

ARMAMENTARIO JAPÓN & ALIANZA DE

ARMAS Y GUERREROS JAPONESES

AUTORES: ALBERTO YAN - SE. MELISSA YAN



Prohibida la reproducción
Revisado
por la censura gubernativa.

Algunos de los más
destacados autores del
país han contribuido a
este libro.

Alfred Hultschin: La muerte de un pionero. La muerte
de un pionero. La muerte de un pionero.

TIOMUAD

EDICIÓN DE
ANTONIO RODRÍGUEZ

J. Horta, impresor - Barcelona

QUINCE NACIONES EN GUERRA

Argumento de la película

1927. En un pueblecito de Flandes, donde la hierba ha vuelto a crecer en las tierras regadas con sangre humana, acaba de llegar un joven pálido, alto, elegante, en cuyo aire decadido y melancólico se adivina una gran tristeza, una inmensa fatiga.

El joven se detiene ante una plaza, y apoya su mano en las vetustas paredes de una

casa. El pueblo, todo el pueblo, tiene un aspecto cansado, decrepito, inválido, como de haber sufrido también. El viejo pueblo de Picardía parece haber envejecido más...

Pasan dos hombres; uno sin brazo; exhausto y arruinado como el pueblo. Miran al joven forastero y murmuran entre sí:

—Debe ser un extranjero... un inglés, sin duda.

Notó de nuevo el anciano el aire de laxitud del desconocido, y añadió:

—Vuelven a menudo a ver de nuevo los lugares donde combatieron... Es una contemplación, en verdad, poco agradable.

Se marcharon. El joven se volvió para mirar a los que habían estado hablando de él, y sacudió tristemente la cabeza. Era, en efecto, un inglés, el ex teniente Carlos Stene, que en aquella tierra, hoy tranquila y apagada, había vivido horas intensas de dolor, de miedo, de desesperación.

Un ruido de voces y de motores le sacó de sus dolorosos recuerdos. Un autocar, un enorme coche de turismo, se detuvo en mitad de

la calle y el "cicerone" gritó con su megáfono:

—Este pueblo llamado Hondebecq, estuvo ocupado por las tropas británicas. Nada verdaderamente importante sucedió aquí.

Los turistas ocupantes del autocar no le oyeron. Las mujeres retocaban su "toilette", llenaban de polvos perfumados sus rostros polvorrientos del camino; algunos hombres dormían en la placidez del ambiente y en la comodidad del asiento.

El autocar arrancó otra vez. Y por los ojos de Carlos Stene cruzó un relámpago de indignación.

—¡Gente "snob"!... ¡Qué entenderán ellos por importante! — exclamó.

Descendía el crepúsculo como un manto de paz sobre todas las miserias y sobre todas las cosas. La campana de la iglesia rural tocó el Angelus. Y en el corazón torturado del ex combatiente cayó un velo de piedad.

Echó a andar. De una calle bajaba una procesión de primeros comulgantes. Iban los niños con sus febles piernecitas temblorosas de

emoción; claras las miradas y los pensamientos; las niñas recogían su corazón en el candor de su felicidad y en la ilusión de su traje más candoroso todavía en su blancura de muselinas...

La imaginación dolorida de Stene evocó en los pasos infantiles de los ángeles, las remotas pisadas de sus padres, cuando pasaron por aquella misma calle, formados en el batallón, caminando hacia la muerte...

Las campanas tañían dulcemente, tristemente, como un comentario de consuelo sobre los recuerdos del ex oficial.

Anduvo. Frente a una granja mutilada, también como todo, surgían las cruces de un pequeño cementerio... Nombres de soldados, nombres de héroes desconocidos e ignorados...

—Esos turistas vienen a buscar espectáculos de muerte... Aquí tienen un magnífico escenario — pensó el joven.

Volvió a pasar el anciano manco que en la otra calle le había contemplado. Suspiró a su lado:

—Buenas tardes, señor.

Carlos Stene le miró; vió su brazo mutilado e interrogó con los ojos.

—En Verdún perdí mi brazo... — explicó el viejo ex soldado.

Se encontraban dos combatientes, y sin darse cuenta, el saludo militar les trajo un movimiento olvidado.

—La primera vez que estuve aquí — recordó el anciano — esta granja estaba cubierta de rosas.

La miraron los dos. Ahora la granja no tenía más que grietas, mutilaciones y soledad.

Entonces, el teniente Stene recordó...

En el año memorable de 1914, cuando en Inglaterra, un impulso romántico, un deseo generoso, llevaba a las juventudes a la guerra.

De las oficinas de enganche, salían henchidos de ilusión y de entusiasmo, los muchachos que habían ido a ofrecer sus vidas al gran sacrificio próximo a encenderse.

La efervescencia patriótica vibraba en todos los corazones como una llama, y Londres resurgía de su frialdad habitual, al clarín de la guerra.

Carlos Stene salía de las oficinas alegre, optimista, lleno de vida y de juventud.

— ¡Acabo de alistarme! Confío llegar a Fran-

cia antes de que todo haya terminado — exclamó.

Otro muchacho, menos afortunado, no había sido admitido por deficiencias físicas y demostraba vivamente su mal humor, ante el alborozo de su madre que lo recuperaba.

Y en Flandes, en el pueblo de Hondebecq, Jorge d'Archeville, como tantos jóvenes de Francia, abandonaba las comodidades de su casa solariega — noble palacio de barones — por los azares de una guerra que todos creían heroica y brillante, como romance de gesta.

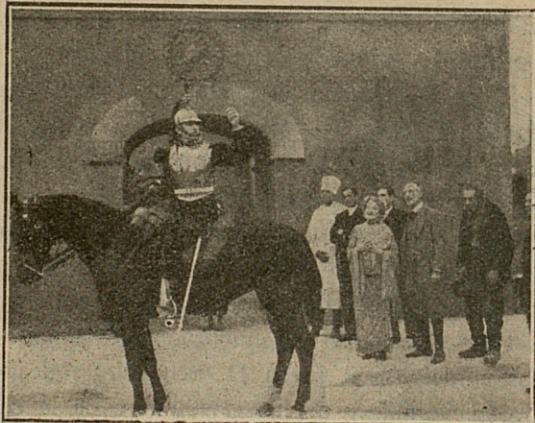
En el palacio del castillo, antes de partir, vestido el gallardo y relumbrante uniforme de los coraceros, el joven D'Archeville, rodeado de su familia y de la servidumbre de la casa, decía:

— A la hora del deber, amigos míos, nosotros, los D'Archeville, sabemos sacrificarnos por nuestra patria gloriosa.

Todos le escuchaban admirados, devotos, deslumbrados, menos Jerónimo Vanderlyden, viejo colono del barón, en cuyo corazón des-

confiado no encontraba eco aquel lirismo patriótico.

La baronesa d'Archeville estrechó a su hi-



...sabemos sacrificarnos por nuestra gloriosa patria.

jo entre sus brazos, lo llenó de angustiosas caricias. El joven se puso el casco arrogante y bajo la bendición y el orgullo de todos, partió.

Pero sus primeros pasos se encaminaron a la casita, en el bosque, donde le aguardaba para despedirle, Magdalena Vanderlyden, su novia, su amante; la bella hija del tío Jerónimo, para quien la guerra, el clarín bélico, eran el golpe brutal de la fatalidad que destruía bruscamente todas sus ilusiones.

Jorge d'Archeville penetró en la cabaña, sonriente, altivo, contento de su empresa y confiado. Magdalena, loca de desesperación se asió a sus brazos y escondió sus lágrimas en el pecho de acero del soldado.

—No llores, tontita — dijo él — ; al fin y al cabo voy a la gloria...

La besó. Tomó de nuevo su casco, y el dolor de Magdalena ya no sintió más que la suprema tristeza de la puerta que se cerraba tras el amado.

Cuando salió para verlo, el caballo se lo había llevado ya muy lejos.

Su padre apareció ante ella.

—¡Va a luchar por el honor de Francia! — exclamó su orgullo de enamorada, frente a la mirada irónica del viejo.

—¡El de Francia es el que le importa...
y no el tuyo!

Y Magdalena bajó la cabeza.

—¿Qué pasa? — preguntó el francés.
— No sé — respondió Magdalena.

— ¿Por qué te has quedado sola en casa?
— Porque mi marido se ha ido a la guerra.

— ¿A dónde? — preguntó el francés.
— A Francia — respondió Magdalena.

— ¿A Francia? — repitió el francés.
— Sí — respondió Magdalena.

— ¿A Francia? — preguntó el francés.
— Sí — respondió Magdalena.

— ¿A Francia? — preguntó el francés.
— Sí — respondió Magdalena.

— ¿A Francia? — preguntó el francés.
— Sí — respondió Magdalena.

— ¿A Francia? — preguntó el francés.
— Sí — respondió Magdalena.

— ¡En tal caso, no te importa que yo te devuelva tu marido! — exclamó el francés.
— ¡No! — gritó Magdalena. — ¡No! — gritó Magdalena.

Era aquella la guerra como debía ser: entusiasmo, violencia, rojo de fuego y rojo de sangre... Pero en 1915, el panorama varió, y en un gris opaco — el terrible gris de las trincheras — se fundieron las notas violentas.

En una de aquellas cuevas subterráneas, Jorge d'Archeville sentía avanzar los pasos lentos y crueles de la locura. Tanto espectáculo desenfrenado, absurdo y desconcertante, comenzaba a cegar su corazón.

Los disparos continuos, los desmoronamientos incesantes, habían arrojado al suelo todos los objetos del miserable departamento. En un rincón, un ratón negro y repulsivo de trin-

chera, roía el retrato caído de Magdalena.

Jorge lo vió. Rió nerviosamente, y una granada voló el departamento...

Mientras tanto, Carlos Stene, que había ido a la guerra por un ideal romántico, comprobaba anonadado, vencido, que no era precisamente romanticismo lo que le rodeaba. Era fango, era brutalidad, era matanza innoble y ciega, era horror...

Afortunadamente llegaron un día a Hondebecq las tropas inglesas, y en la granja de los Vanderlyden instalaron su cuartel general.

Jerónimo Vanderlyden protestaba de la invasión de las tropas con todas sus fuerzas, pero era en vano, porque los ingleses no comprendían su francés.

Una ambulancia de Sanidad acababa de depositar en el patio a varios heridos, y el médico de la compañía declaraba:

—Hay que preservarlos de la intemperie si se quiere salvar sus vidas... Que se habilite uno de los cobertizos de esta granja.

Los soldados empezaron a desalojar uno de aquellos departamentos ante la desesperación

del colono de los d'Archeville que trataba de impedirlo con gritos y palabras que nadie entendía.

—¡Mi granja es mía!... — vociferaba. Es el fruto de mi trabajo... ¡y esos hombres no hacen más que devastarlo todo sin compasión para nosotros!

Desde la habitación en que se había instalado la oficialidad, el general prestó atención al alboroto que se desarrollaba en el patio.

—¡El eterno problema! — exclamó — ¡Nadie sabe hablar la lengua de este país y no hay modo de entendernos!

Carlos Stene indicó:

—Permitame que yo intervenga. Conozco el francés y creo que podré sacar algo en limpio.

Salió. Abrióse un ángulo de soldados ante él y en medio apareció la graciosa figura de Magdalena Venderlyden, energica y retadora.

—Vamos a ver, señorita, ¿qué pasa? — preguntó Carlos en francés.

Magdalena respiró. ¡Por fin alguien que hablaba como ellos! Y explicó:

—¡No hay derecho a que se invada así nuestra propiedad!

Carlos sonrió y repuso:

—En Inglaterra les llamamos a ustedes nuestros nobles aliados... Yo creo pues que nuestros nobles aliados deberían permitirnos usar sus graneros para salvar a nuestros heridos.

—Bien, señor. Nosotros estamos muy reconocidos a los ingleses... pero, comprenda usted... ésta es nuestra casa... es justo que tengamos una compensación...

Carlos sacó su carnet y comenzó a anotar las disposiciones que era preciso tomar para el alojamiento de los heridos.

Magdalena echó a andar a su lado. Entonces pasaron una camilla donde transportaban a un herido. Y quitando de su cintura la gardeña que llevaba, la puso en las manos del soldado.

Frente a su vivienda, Magdalena se detuvo. Saludó al oficial y entró.

Carlos escribía en su carnet todavía, cuando un joven teniente pasó por su lado diciéndole:



—¡No hay derecho a que se invada así nuestra propiedad!

—Buena suerte, camarada!... ¡No hay nada como ser políglota!

Carlos le miró duramente. Pero el otro, sin inmutarse, añadió:

—Aprovéchate ahora, muchacho... Cuando hayas estado una o dos veces entre el fango de las trincheras, no tendrás tanto humor para galanteos...

Stene se encogió de hombros y penetró en la vivienda de los granjeros Vanderlyden.

Jerónimo, ya conquistado, sacó de una hornacina unas empolvadas botellas de vino y llenó tres vasos.

Magdalena ofreciéle uno a Carlos, y el muchacho se sobrecogió al levantar su mirada hasta los ojos ardientes, fervorosos y suplicantes de ella.

Al otro cabo de la mesa, Jerónimo olió el viejo vino con unción y suspiró:

—Este vino fué recogido hace más de veinte años... cuando nació mi hijo Marcelo... El pobre no disfrutó su juventud... Murió en el Marne...

Tuvo que retirarse ahogado por las lágrimas.

Entonces, Magdalena acercóse más al joven oficial, y le miró profundamente y le rozó las manos.

Carlos, emocionado, sorprendido, estrechó aquellas manos de mujer que se habían unido a las suyas, y puso en los ojos de ella la interrogación de los suyos.

Magdalena hizo un esfuerzo y dijo:

—A usted que habla nuestra lengua voy a pedirle un gran favor...

—Dígame, señorita; estoy dispuesto a complacerla aun a costa de cualquier sacrificio.

—Le agradecería mucho que procurase averiguar qué ha sido de mi prometido... Jorge d'Archeville, quinto regimiento de coraceros...

Sinceramente, Carlos no esperaba estas palabras. Pero le interesó el dolor de la muchacha y preguntó:

—¿Y cómo es que no le escribe, su prometido?

Magdalena vaciló. Se ruborizó levemente y aclaró:

—Le dije a usted "prometido", porque no encontraba la palabra justa con que expresar mi situación...

Carlos, instintivamente aflojó sus manos.

—...pero es algo más que prometido... mu-

cho más... — añadió ella sin alzar la mirada.

Carlos se levantó.



—Le agradecería mucho que procurase averiguar qué ha sido de mi prometido.

—Procuraré obtener noticias, señorita— dijo con un poco de involuntaria sequedad.

—¡Oh, señor, gracias!...

Salió. Respiró fuerte. Hubo de encontrarse

con su bullicioso compañero que insistió maliciosamente:

—¿Es fácil la conquista?

Carlos le volvió la espalda malhumorado.

Aquella noche, en vísperas de la partida hacia los campos de batalla, la oficialidad se reunió en la cena. Al final, el general se puso en pie, alzó su copa y dijo:

—¡Caballeros, bebámos por el Rey!

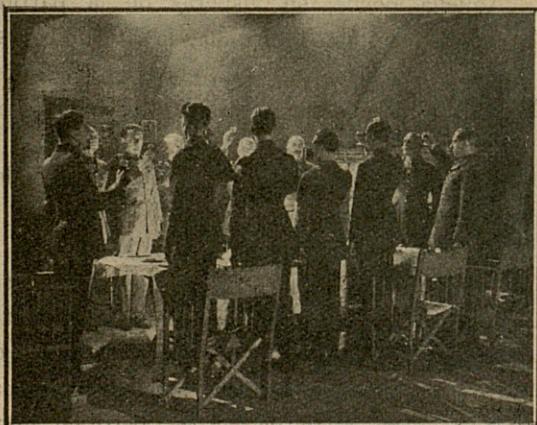
Todos se levantaron. Desde su sitio, Carlos vió a Magdalena que le miraba sonriente y conmovida, en la puerta.

A la mañana siguiente, con los ánimos serenos, con los nervios bien templados, partieron para los campos de batalla las tropas de refresco. Iban dispuestos a morir, a luchar con un bello gesto de héroes, pero en lugar de eso les esperaba el fango, la desolación, la miseria de las trincheras.

Carlos no podía soportar aquel horrible espectáculo de las vidas subterráneas, verdaderos lodazales de inmundicia.

—¡Qué repugnante es todo esto! — exclamó,

—Pronto irás sabiendo que no es con sonrisas ni con entusiasmos cómo se ha hecho esta obra de topos — le contestaron.



—¡Caballeros, bebamos por el rey!

Se prepararon al ataque. Carlos, con los hombres dispuestos, espiaba en su reloj la hora de abandonar la trinchera y salir al campo.

Y cuando la saeta marcó en la esfera em-

pañada la hora decisiva, todos se precipitaron hacia adelante, a la ofensiva de un enemigo que no se sabía dónde se encontraba.

Las granadas estallaban por todas partes. Era un verdadero diluvio de fuego. Y los soldados, furiosos, desesperados, disparaban sus fusiles a las sombras, siempre buscando al adversario impalpable que los destruía.

Carlos regresó exhausto, delirante, a las trincheras.

—¡Es horrible... horrible!... — clamaba—. Las tres cuartas partes de mis hombres desaparecidos... y sin haber visto ni a un solo enemigo.

Era la guerra de trincheras; la guerra en todo su horror, sin el paliativo del heroísmo, sin la belleza del valor individual.

Carlos se debatía entre las tinieblas de una rabia y de una impotencia sin fin.

—¡Nada más que obscuridad... y fango... mucho fango!... Es para volverse loco!

Tropas de refresco, animosas, decididas, llegaron un día a la trinchera.

—¡Esto está en un estado espantoso! — decían los recién llegados.

Y Carlos respondía:

—Ya iréis conociendo la vida de las trincheras... Entonces sabréis que si aquí no saltan los nervios y no se pierde la razón, es por un verdadero milagro.

El sol nació hoy una mañana temprano
y el sol nació con un sol naciente que nació
en el horizonte del amanecer que nació



En el noble castillo de los d'Archeville, la baronesa desfallecía de ansiedad.

—¡Y a todo esto, sin recibir noticias de mi hijo! — suspiraba.

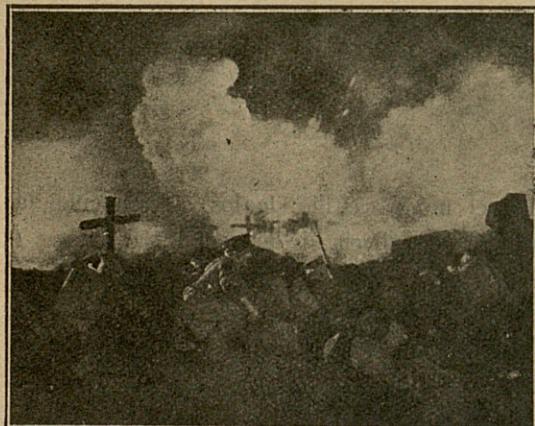
Magdalena asistía pálida y temblorosa a la angustia de la señora.

El barón repuso:

—Es extraño que no haya escrito desde hace una semana, pues acostumbraba hacerlo casi todos los días...

Magdalena sintió que un desencanto le invadía el corazón. ¡Les había escrito a ellos, y a ella ni una palabra! Eran sus padres al fin... Pero, y ella, ¿no era nada en su vida?

Se marchó. También una gran zozobra la inquietaba: hacía una semana que no había escrito; ¿qué le ocurriría?



Las granadas estallaban por todas partes.

Aquella tarde el barón se detuvo frente a la granja, apoyóse en su bastón de marfil, y comentó con el viejo Jerónimo:

—Hace ya más de un año que empezó la guerra; ya no puede durar mucho.

Y acercándose al carro de su colono, donde éste permanecía con su aire escéptico e inquisitivo, afirmó el señor:

—Los ingleses van a atacar de firme y a terminar de una vez... A lo sumo será cosa de semanas...

Se oyeron rumores de pisadas numerosas, y voces. Todos volvieron la cabeza: eran soldados que llegaban; la compañía inglesa que había estado ya en Hondebecq. Volvían desorientados, polvorrientos, ensangrentados, destrozados y vacilantes. La trinchera pedía constantemente hombres sanos, fuertes, llenos de vigor y de alegría, y devolvía ex hombres con los nervios rotos, con una mirada enloquecida por las visiones de horror, de repugnancia y de muerte.

A la cabeza de su compañía, iba el teniente Carlos Stene, tambaleante, extraviado; mutilado del alma, para él no tenía ya la vida más que la densa obscuridad de la noche de las trincheras.

El barón d'Archeville tuvo un gesto desolado y observó:

—Unos vuelven, otros van... ¿Tiene alguna novedad esta guerra?

Magdalena había visto a Carlos y le esperó en la puerta.

Cuando el joven pasó detrás de sus soldados, sin verla, ésta le detuvo.

—Señor Stene...—llamó.

El se paró y la miró casi sin conocerla.

—No crea usted que nosotros no queremos a los ingleses, teniente Stene... — habló dulcemente, poniéndole la mano en el hombro.

—Les estamos muy agradecidos, y si alguna vez les hemos molestado, solamente ha sido para pedir una justa compensación...

Carlos se irguió dolorido y temblante:

—Y a nosotros, ¿quién nos dará una compensación?

Y, vacilando, entró en el cuartel, desplomándose sobre un banco.

Uno de sus compañeros, que había conservado el tesoro de su optimismo de la voraci-

dad de las trincheras, le palmoteó la espalda, gritándole:

—¡Anímate, muchacho!... En el pueblo hay un café donde llega uno a olvidar esa primera visita a las trincheras.

Se dejó llevar al café. Era uno de esos cafés pobres y chillones de pueblo, donde se refugia todo su vicio y toda su miseria. Sólo uno de ellos se alegró en el café...

Stene, junto con dos o tres oficiales más, permaneció quieto y mudo en una mesa. Unas tanguiñas se asomaron y al notar su abatimiento se retiraron con una mueca.

Su amigo se llevó a Carlos al salón de baile. Pero él se sentó. Le rodearon dos pobres cortesanas. Una de ellas se quedó a su lado; encendió un cigarro y se repintó los labios. Carlos permanecía inmóvil. La tanguista se le acercó, le atrajo la cabeza y le tendió la boca. El negó con la cabeza. Furiosa, la mujerzuela sacó su lápiz de labios del bolso y pintándoselos de nuevo rabiosamente, le provocó. El no la veía. Para despertarle, la tanguista le pintó la mano con el "crayon".

Carlos entonces se levantó. Secóse la mano, y, antes de irse, arrojó encima de la mesa un puñado de billetes. Las dos mujeres se precipitaron sobre ellos.

Al salir, su compañero le insinuó sonriente:

—Se está mejor aquí que en el fango de aquel infierno, ¿eh?

Carlos no contestó. Salió a la calle. Resonaban a lo lejos los estampidos de los cañonazos, y cada uno de ellos era en los nervios del oficial como un pistoletazo.

La noche se cernía como un ave rapaz, siniestra y enorme sobre todas las cosas. Carlos andaba apoyándose en su bastón y recostándose en las paredes. La fiebre le devoraba. Su sensibilidad había recogido, como una cámara fotográfica, todo el horror de la guerra; su alma, en crisis, era el alma de un niño acobardado ante visiones calenturientas de gnomos y de trasgos.

De lejos venían los truenos de la pólvora y de las granadas.

Rendido, extenuado, estragado ya, Carlos se apoyó en una pared.

Y frente a su espanto apareció de pronto la piedad blanca, la piedad suave y honda de Magdalena, que le miraba compasiva y llena de ternura.

—¡Me horripilan esos estampidos!...—gritó Carlos.— ¡No puedo resistirlos... no puedo!

Magdalena se cogió a su brazo y le acompañó. Tranquilizado cerca de ella, el joven oficial caminó ya más sereno.

La miró bajo su blanca capa de flamenca. Así, en la noche, aquella criatura tenía una dulzura infinita y melancólica, como la exhalación de un sufrimiento resignado. Recogió su brazo apoyando la mano en el cinturón y marcharon en silencio.

De pronto, él preguntó, deseoso de corresponder con una solicitud a la bondad de Magdalena:

—¿Ha tenido usted noticias de... de su prometido?

Ella bajó la cabeza y suspiró:

—Ni una palabra...

Hubo una pausa. Después ella continuó, lenta y dolorida:

—Escribió a sus padres... pero yo, como si no viviera para él.

Llegaron a la granja. Magdalena tendió su mano a Carlos. El la estrechó lentamente. Pero cuando los pasos de ella iban a perderse tras de la puerta, el joven sintió que la soledad, la horrible soledad de la noche y del terror, le aplastaban el alma. No pudo quedarse solo. Le pareció que sin Magdalena él naufragaría en la espantosa tormenta de su espanto.

Y se asió a un ruego desesperado y pueril:

—¡No me deje usted marchar, Magdalena... no me deje marchar!

Ella abrió la puerta. Dió la luz. Y Carlos sintió toda la honda tibieza de su hogar. Magdalena le sonreía, grave y misericordiosa.

Estallaron de nuevo los lejanos estampidos de la guerra. Carlos tendió su mirada extrañada, turbia, por el recinto. Visiones terribles cruzaron por su mente. La crisis atenazó sus nervios, y empezó a delirar.

Magdalena lo vió, estremecida de pena. Y

ella, que vivía intensamente las horas amargas de la guerra, sintió una compasión inmensa por aquel hombre, por aquel niño tan necesitado de un regazo maternal.

El refugió su angustia en la ternura de la mirada de ella, y se desplomó en sus rodillas. Entonces pudo llorar.

—¡Madrecita!... ¡Tengo miedo!—sollozó.

Y ella le meció la cabeza atormentada sobre su pecho mártir que había conocido el suplicio de todas las congojas.

Entró el viejo Jerónimo. Carlos se levantó, y el anciano vió en su rostro todas las huellas de su tortura. Movió tristemente la cabeza y volviendo a la hornacina donde guardaba sus viejas botellas, escanciólas en los vasos y levantando devotamente el suyo, murmuró, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas:

—El vino de mi hijo Marcelo...

Carlos sintió sobre su mal el consuelo del dolor de aquel hombre. Levantó su vaso y exclamó:

—Valor! ¡Hay que tener valor... y los venceremos aún!

El sol del día siguiente borró los fantasmas de la noche e inyectó en las almas fuerza y optimismo. Carlos recuperó algo de su antigua alegría y serenidad, y le pareció entonces que había vuelto a nacer de la piedad de Magdalena...

Magdalena había ido al palacio d'Archeville a llevar al barón un "pudding" enorme, que el tío Jerónimo le ofrecía.

Encontró a los dos nobles ancianos cabizbajos y doloridos. El señor d'Archeville estrujaba un papel entre sus manos.

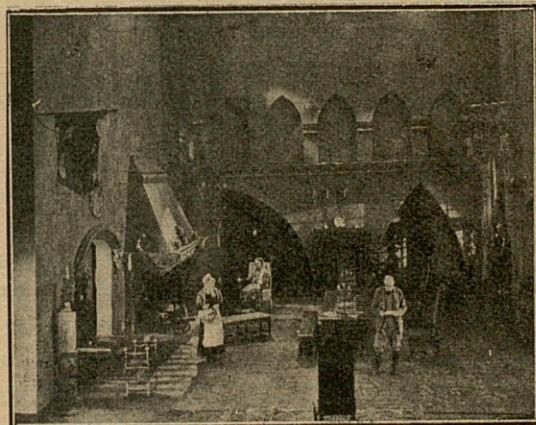
Magdalena se estremeció de un presentimiento horrible, e interrogó, llena de mortal zozobra:

—¿Ha sucedido algo?... ¿Acaso el señorito Jorge...?

El barón suspiró. La baronesa, desde su sillón enfrente de la chimenea, se retorció las manos.

—Nuestro hijo está herido... se encuentra en París.

Magdalena no oyó más. El mundo se ensombreció a sus ojos. Sintió que las fuerzas la abandonaban y penosamente, con un heroico es-



—Nuestro hijo está herido... se encuentra en París.

fuerzo, consiguió salir de la estancia sin que los señores d'Archeville se preocupasen de su sobresalto.

Los dos viejos esposos guardaron silencio. Cada cual procuraba hundir su dolor en su corazón; la señora con plegarias; el señor con maldiciones.

—¡ Esta guerra maldita!... —rugió—. Es uno ya viejo... ¿ qué puede hacer?

—Se puede rezar—suspiró la baronesa.

Un nuevo general acababa de llegar para dirigir a las tropas inglesas. Buen bebedor, mejor fumador, su flema británica le permitía estar en la guerra con la misma tranquilidad que en su “home” de Londres.

Ahora, rodeado de su estado mayor, el general hacía proyectos, mientras saboreaba su pipa.

—...entre los oficiales—decía—, he encontrado a un joven teniente que sabe francés; lo considero muy útil y he decidido hacerlo mi ayuda de campo. Es ese chico tristote y verduzco, Carlos Stene. Que venga.

Uno de los oficiales salió a buscarle.

—¡Vamos, tú! —le llamó, encontrándolo en el patio; el nuevo general te guarda una sorpresa...

Carlos se hallaba consternado y perplejo; Magdalena acababa de pasar por delante de él y había subido presurosamente a su casa, sin verle.

Era que al salir del palacio d'Archeville, la pobre enamorada había corrido a buscar a su padre para avisarle:

—Me voy a París... Jorge está herido

Y ahora volaba al lado del amado

Carlos siguió preocupado, a su amigo, que le condujo a presencia del nuevo jefe de las tropas.

El general hablaba con sus oficiales, con su vozarrón rudo y bronco.

El camarada de Carlos le dió un codazo y le susurró:

—Es canadiense... buena persona. No te

asustes por lo áspero de la voz; es culpa del "whisky".

Al ver a Carlos el general le saludó amablemente, y le comunicó:

—Se ha acabado para usted el fango de las trincheras, joven. Desde ahora va usted a ayudarme a chapurrear el francés.

Dicho esto, apuró el contenido de su inseparable pote de porcelana y dió otra chupada a su pipa.

En un hospital de París, Jorge d'Archeville convalecía de su herida.

A su lado, sus padres contemplaban orgullosos a su héroe. El explicaba la causa de su herida, indiferente, glacial, mientras las agudas contracciones del histerismo ponían un "tic" nervioso en su boca.

—Fué un obús, en las trincheras... Menos mal que me ha dejado entero.

La baronesa d'Archeville lo estrechó, feliz de sentirlo todavía en sus brazos.

Unos días después, Magdalena se detenía en una callejuela de París frente a una puerta donde había una placa de metal numerada. La mujer que la había acompañado hasta allí, le dió los últimos informes y se alejó. Magdalena desfallecía de expectación, de ansiedad y de ternura. Alzó su mano pálida y temblorosa hasta el timbre y lo oprimió tenuemente. Dentro, el timbrazo interrumpió el sueño del enfermo. Jorge separó las sábanas y lentamente, con aquella indiferencia que se había templado en la esfera de todos los imprevistos, fué a la puerta y descorrió el pestillo. Luego se volvió a la cama, hundióse otra vez en ella, y cerró los ojos tranquilamente sobre la almohada.

Magdalena oyó que habían abierto la puerta y ante la abertura iluminada que se proyectaba sobre las sombras de la calle, dudó. Temió entrar. Por su mente, torturada por las decepciones, cruzó la angustia de aquellos meses de silencio en que el recuerdo de él la había abandonado. Empujó la puerta y penetró en la casa. Sus pasos la fueron conduciendo hasta

una habitación donde destacaba la blancura de una cama. Aquel hombre dormido era él, era su Jorge. Su rostro que ella había visto altivo y desafiante, tenía ahora una demacrada fatiga de vencido. Magdalena se acercó.

—¡Jorge! —llamó.

El abrió los ojos. Sonrió; pero su sonrisa era una sonrisa dudosa y admirada, como ante la visión de un sueño.

—¡Jorge, Jorge querido!... ¡Cuánto has sufrido y yo también!...

El se incorporó nerviosamente, le puso las manos en los brazos y le hundió la mirada en los ojos.

—Pero, ¿eres tú, Magdalena?

La abrazó. Ella rindió la cabeza, cerró los ojos deslumbrada y él bebió todo el encanto del momento, toda la efusión del encuentro inesperado; todo el anhelo del deseo tanto tiempo contenido en la boca exangüe de Magdalena.

—¡Tú, tú! —le repitió él, estrujándola entre sus manos ávidas.

Magdalena se desprendió suavemente de sus brazos y tendió la mirada por la habitación.

—¿Qué miras? —preguntó él.

Magdalena contemplaba el desorden del cuarto: papeles en los rincones, prendas desparadas, objetos derribados, *pêle-mêle* en todos los sitios. Se levantó y su instinto de mujer cuidadosa la llevó inmediatamente al arreglo de aquel caos de cosas.

Desde la cama, Jorge le gritó suplicante:

—¡Ven aquí!

—Espera; déjame primero.

Y se puso a recoger los desperdicios que se amontonaban entre las puntas de cigarros, los fósforos y el polvo gris de las cenizas, sobre la mesa. Se cogió la falda hasta la cintura y lo fué colocando todo en este delantal improvisado. Volvió la cabeza hacia la chimenea y a sus ojos cándidos de enamorada se ofreció el escándalo de las "poses" desvergonzadas de unas fotografías galantes de "music-hall".

—¿Cómo tienes eso aquí? —preguntó severamente a Jorge.

El tuvo un gesto de desenfado:

—¡Bah! ¡Qué importa?...

Magdalena, sosteniéndose la falda con una mano, cogió las fotografías y rasgándolas con los dientes, las fué echando en su delantal.

Al pasar junto a la cama de Jorge, éste le abrazó las piernas y la retuvo.

—¡Déjame!

—¡No! ¡Te quiero! ¡Vienes...?

Magdalena cerró los ojos. El la besó los labios furiosamente. La vió desfallecer bajo sus caricias y se sintió audaz. De un gesto brusco y ansioso le descubrió el hombro y puso su boca quemante sobre la carne estremecida de ella.

Pero Magdalena se rehizo. Abofeteó levemente, maternalmente, la mejilla de Jorge y huyó de sus brazos.

El suspiró, contento. Se pasó la mano por la aspereza de la cara y mientras Magdalena ponía en la casa su gracia y su limpieza, él se afeitó, sonriente y dichoso.

Pero más tarde, su misma felicidad le hizo temer más la perspectiva de la dura jornada que tendría que volver a emprender,

Magdalena observó su abatimiento, y corrió a su lado.

—¡Estoy hastiado de esta guerra estúpida!... Por no volver otra vez a las trincheras, creo que sería... ¡hasta desertor!—gimió Jorge.

Magdalena le besó y estrechó la amada cabeza contra su pecho.

En el fondo, se oía el rumor de los combates.

**

Mientras tanto, en Hondebecq, bajo las órdenes del nuevo general, el palacio de los barones d'Archeville se convertía en su ausencia en cuartel general de las tropas inglesas.

Al lado del general, Carlos Stene, su amigo y secretario, confesaba:

—Seis meses de vivir en aquel infierno acabaron por hacerme resentir un poco de cobardía. Afortunadamente, ya estoy curado.

Los soldados pasaban, transportando y trasladando muebles. Pronto el amplio salón del palacio no fué más que la sala de trabajo de

una capitánía. El general y su pipa desaparecían.

Los barones d'Archeville acababan de des-



La vió desfallecer bajo sus caricias...

cender del *auto* en que regresaban de París. Sorprendidos, estupefactos, pasaron entre la tropa que había invadido su casa y se hicieron conducir ante el general.

—¿Pero, qué es esto?—preguntó el barón.

El general se separó los grandes mostachos blancos que le caían sobre la boca con su enorme pipa de madera y repuso:

—En esta guerra absurda, señores, la pluma es casi más importante que la espada... Por eso me he tomado la libertad de convertir su casa en oficina.

Y la guerra continuó un mes y otro mes, un año y otro año; siempre gris, siempre cruel. Y los hombres aprendieron a contar, no por unidades, no por batallones, sino por ejércitos.

Llegó marzo de 1918 y las *quince naciones en guerra* se dispusieron a la lucha final.

Un parte traído con urgencia al general que mandaba las tropas inglesas, le hacía exclamationar:

—¡Gracias a Dios! ¡El enemigo ataca, al fin! Ahora será preciso darnos prisa... Si no, a este paso, dentro de trescientos años, la guerra estará lo mismo que ahora.

El consejo de oficiales empezó a comentar. De pronto, Carlos Stene, advirtiendo que su

compañero de mesa era un coracero, interrogó:

—¿No conocen ustedes por casualidad, a un tal Jorge d'Archeville?... Creo que está en su regimiento.

El oficial adoptó un aire malicioso y respondió:

—¡Ah, sí! Ese d'Archeville está disfrutando de licencia ilimitada, por enfermo... pero creo que no se aburre del todo...

El capitán de su lado, intervino, vivamente:

—Sí, hay una linda joven, hija de un colono de su padre, que se ocupa de distraerle.

Carlos inclinó la cabeza. Sabía a quién se referían: ¡Magdalena! Y la ola de soledad volvió a cubrirle de sombras el alma.

Un soldado penetró de repente, declarando:

—¡El enemigo ha iniciado el avance y se dirige hacia aquí a marchas forzadas!

La guerra acercaba otra vez su carátula siniestra...

En París, después de cuatro años de lucha, la guerra era todavía el tema interesante de todas las conversaciones.

De la guerra hablaban también sentados en la mesa de un bar, Jorge d'Archeville y Magdalena Vanderlyden.

Jorge era el hombre versatil e indiferente de siempre, y Magdalena soportaba y perdonaba con resignación maternal todas sus frialdades, todas sus inconveniencias.

De pronto, las voces de los vendedores callejeros inquietaron al público. Eran noticias de la guerra: ¿Buenas? ¿Malas? ¡Qué impor-

taba! Era la guerra tenaz, implacable, irrazonada...

Jorge compró un periódico, y él y Magdalena unieron sus cabezas ante la página húmeda aún de la tinta acre de la imprenta. Unas grandes titulares ponían en el papel un rasgo trágico de alarma:

"Nuestras tropas pierden terreno. Gran avance alemán en todo el frente. Las primeras líneas aliadas se repliegan rápidamente."

Magdalena alzó la cabeza y suspiró, apretando el brazo de Jorge:

—¡Jorge! ¡Cómo tengo que agradecerle a Dios que esto se haya terminado para ti!

Sonrió a la seguridad de su amor. Pero el rostro de Jorge, más pálido que nunca, tenía una resolución ardiente e inquebrantable. Sus ojos que se habían dormido en la tibieza de la paz y del cariño, se abrían ahora a los horizontes apocalípticos, caóticos de la batalla.

—Enfermo o no enfermo, yo vuelvo a la guerra... ¡la patria me necesita!

—¡Jorge!

Se asió al brazo de él. Quiso retenerlo. Jorge le besó los dedos, mientras se los iba desprendiendo de la manga.

—¿ Dónde vas? — suplicó ella.

—Déjame, tontita. No llores...

Se levantó rápidamente y hendiendo las masas acaloradas que discutían apasionadamente, entró en la oficina de enganches, con toda la energía vibrante de su entusiasmo.

Y Magdalena lo vió desaparecer, aniquilada, febril. La vida de Jorge iba a quedar en aquellas oficinas voraces, donde se reclutaban los millones de víctimas para el enorme e inútil sacrificio del mundo.

Y llegó hasta Hondebécq la tromba enemiga, señalada por las lenguas de fuego y las densas columnas de humo.

Empezó la desbandada; los habitantes del pequeño rincón de Flandes, corrían a refugiarse

en la protección de las tropas aliadas, acuarteladas en el pueblo.

Carlos Stene, en medio de la plaza, dirigía a la multitud y a sus soldados.

Fué de súbito; entre el humo pestífero y espeso de las granadas y la devastación del ambiente, Carlos divisó el rostro suave de Magdalena, que le miraba sorprendida.

—¿Qué pasa, teniente Stene?

—El enemigo!

La avalancha humana los separó.

Cuando Magdalena llegó a su casa, la vieja granja como todo el resto de la población se hallaba invadida por el ejército y arruinada por la guerra.

Los soldados amontonaban los muebles tras de la puerta para formar la resistencia. Magdalena, con toda la debilidad de su fragilidad y su soledad, quiso detener la destrucción de su casa. Pero los soldados se rieron de sus protestas y todos los muebles fueron a la defensa de la puerta.

Entretanto, en la noble morada de los d'Ar-

cheville, convertida en cuartel, las tropas se aprestaban a la lucha.



Carlos Stene, en medio de la plaza, dirigía a la multitud...

En un camión donde los heridos o enfermos eran transportados a la ciudad inmediata, se instalaba la baronesa d'Archeville, después de haber intentado en vano permanecer al lado

de su esposo. El barón no había querido. El se quedaba allí. Abrazó a la señora tiernamente y vió partir desfalleciente de emoción el camión



Magdalena quiso detener la destrucción de su casa.

en que iba su esposa. ¡Dios sólo sabía si volvería a verla!

Y cuando unos oficiales le instaron para que siguiese a su mujer, haciéndole ver los peligros

que representaba quedarse, el noble anciano repuso, arrogantemente:

—¡Un d'Archeville no teme a la muerte!

Arriba, encontró el salón ancestral de su palacio transformado en trinchera. Desde la ventana los soldados disparaban al enemigo. Era el boquete trágico; todos caían allí.

El general, en la sala, distribuía órdenes entre su razón y su pipa. Le advirtieron del enorme peligro que corría exponiéndose al enemigo como sus soldados; pero él respondió:

—¡Si el último de mis hombres corre peligro, yo lo corro también!

Todos los soldados que se iban acercando a la ventana para tirar, recibían el balazo terrible.

En la puerta, el barón d'Archeville contemplaba con rabia y dolor el horrible boquete. A su lado cayó herido un soldado. Entonces el valiente caballero cogió su fusil, encasquete su casco y se precipitó al boquete. Disparó con fruición, dos, tres veces. No pudo más. El también recibió el golpe de gracia y rodó muerto entre tantos cadáveres...

"A todos los soldados de los ejércitos de Inglaterra que combaten en Francia:

Tres semanas hace hoy que el enemigo comenzó su gran ataque contra nuestro frente; para vencerlo, es preciso que todos y cada uno de los soldados ingleses, con entusiasmo y fe en la justicia de nuestra causa, luchen hasta el fin..."

Esta era la proclama que el Alto Estado dirigió a las tropas británicas.

Resueltos, valerosos, heroicos, los soldados de Carlos Stene se reunieron aquella tarde bajo su mando. Los alemanes avanzaban lentamente, bayoneta en mano, dispuestos a asaltar la población.

—¡Cocineros! —gritó el bravo teniente, para reforzar su defensa. ¡Albeizares! ¡Asistentes! ¡Lavaplatos! ¡Enfermos!



El también recibió el golpe de gracia...

Y todos se lanzaron contra el enemigo con todo el denuedo de sus vidas, deteniendo su avance y obligándolo al retroceso.

Las líneas enemigas fueron rotas, al fin, y

la Frontera que dividía al mundo por la mitad, cesó de existir una hermosa mañana.

Pero la huella que dejó la guerra, ya no se borraría nunca más...

Y en la desmoronada granja de Vanderlyden, Magdalena, triste y abandonada en medio de tanta desolación y silencio, pareció la imagen del perdón...

Un día los telégrafos de todo el mundo se conmovieron con una noticia extraordinaria: ¡Victoria! El enemigo había sido vencido...

En las oficinas de Hondebecq, Carlos reconoció el cable y se volvió al general, suspirando:

—¡Los hemos vencido!...

“¡Victoria!”, se les gritó a los regimientos diezmados y mutilados; y en todos los rostros quedó la misma expresión de la indiferencia. Era la victoria gris, sin gestos, sin júbilo—el mundo estaba en duelo—. Una victoria tan gris como gris había sido la guerra.

Uno de los telegrafistas que se hallaban al aparato cuando fué dada la gran noticia, preguntó:

—¿Nos darán una medalla por esto?

—¿Una medalla? — respondió el otro—.

—¿Cómo van a dar una medalla al mundo en-



Magdalena, triste y abandonada en medio de tanta desolación...

tero?... Nos darán un pedazo de hierro de los obuses explotados, para que nos acordemos siempre de que hemos estado aquí.

Carlos, rendido, abatido, meditaba en silencio. El general le interrogó:

—Piensa usted en los que nunca volverán a sus casas, ¿verdad?

Carlos sonrió tristemente:

—¡La guerra!... ¡Igual vencidos que vencedores!

El ex oficial inglés terminó su evocación y reemprendió su paseo.

Se detuvo admirado. ¿Era Magdalena? Una joven acababa de separarse de la procesión para entrar en su casa. Era ella. Carlos se acercó.

—¡Magdalena!

—Oh! ¿Usted, teniente Stene?

—¡Cuántos años!

—Sí. ¡Cuántos años, después de aquello!... Entre—invitó—. Le enseñaré a mis dos niños.

Carlos la miró con un asombro y un sentimiento un poco injustificados. Ella abrió la puerta y le condujo a una habitación, donde se hallaban dos hombres sentados delante de la chimenea: el tío Jerónimo y Jorge.

—Mis niños...—presentó Magdalena.

Carlos miró atentamente a Jorge.

—Es... mi marido—reveló ella.

Rápidamente Carlos tendió al joven su mano leal. Pero Jorge volvió la cabeza.

Y dolorida, Magdalena respondió a la interrogación de los ojos de su amigo:



—¡Cuántos años después de aquello!

—Está ciego, Carlos...

Luego se dirigió al desgraciado inválido, amorosamente:

—Jorge... es el teniente inglés, de quien te

hablé muchas veces. Estréchale la mano...

Jorge ahogó un sollozo y apretó fuertemente las manos del ex combatiente.

El tío Jerónimo volvía con sus polvorosas y queridas botellas.

Carlos miraba, con lágrimas, al esposo de Magdalena. Allí estaba el horror de la guerra todavía. En ella se habían cerrado aquellos ojos que ya no vieron ni verían más que el espanto de los recuerdos.

—Yo creía que todos, después de diez años, habían olvidado... — dijo el ex teniente inglés.

Jorge se abrazó a Magdalena y repuso, vibrante:

—¡Nunca!

El tío Jerónimo les ofreció los vasos. Y los cuatro brazos se unieron en un homenaje supremo:

—¡Por los que nunca olvidarán!

Y la cabalgata trágica de los desfiles y de las batallas cruzó de nuevo por las memorias de todos.

FIN

EN PREPARACIÓN:

Las dos grandes novelas

HERENCIA DE MUERTE

por ANTONIO MORENO

y

EL VALLE DEL SILENCIO

por Alma Rubens, Lew Cody, etc.

Sea usted coleccionista de *Los Grandes Films*

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

LEA USTED

la sentimental novela

ADIOS, JUVENTUD!

por CARMEN BONI, ELENA SANGRO, etc.

EDICIONES ESPECIALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

¡SIEMPRE LO MÁS GRANDE!

(93)

